

INTRODUCCIÓN

Izaskun ÁLVAREZ CUARTERO
Alberto BAENA ZAPATERO
Universidad de Salamanca

El libro que presentamos tiene como eje vertebrador un debate historiográfico, el estudio de cómo se construyeron y asimilaron las diferencias humanas y culturales. Aunque concede una atención especial a América hasta el siglo XIX, integra otros espacios relacionados con la España colonial como Filipinas o Marruecos. La percepción del otro no europeo, tan ligada al imperialismo, no es un tema nuevo, pero sigue vigente por su capacidad de integrar las visiones de dominadores y dominados, porque favorece una metodología interdisciplinar y por la naturaleza universal de algunas de sus conclusiones, que siguen manteniendo su vigencia en el presente. Así, por desgracia, al leer las noticias o al ver una parte de la producción cultural actual no podemos evitar reconocer muchos de los mecanismos por medio de los cuales Occidente ha definido la identidad y la alteridad a lo largo de la historia. Precisamente en la estructura dialógica entre yo y el otro se encuentra una de las claves que caracteriza la mentalidad europea y que ha forjado una de las imágenes más potentes de la diferencia cultural: la del salvaje, un concepto que, como indica Roger Bartra, se encuentra en:

la naturaleza interna de la cultura occidental. Dicho de forma abrupta: el salvaje es un hombre europeo, y la noción de salvajismo fue aplicada a pueblos no europeos como una transposición de un mito perfectamente estructurado cuya naturaleza solo se puede entender como parte de la

evolución de la cultura occidental. El mito del salvaje es un ingrediente original y fundamental de la cultura europea.¹

Durante la segunda mitad del siglo xx, los trabajos clásicos de Edmundo O’Gorman, John H. Elliott, Tzvetan Todorov, Anthony Pagden, Enrique Dussel o Roger Bartra abrieron la puerta a un nuevo enfoque disciplinario que desarrollaría el proceso de construcción desde Europa de la idea de América y la imagen de sus habitantes. Al mismo tiempo, antropólogos como Claude Lévi-Strauss o historiadores como Miguel León-Portilla o Serge Gruzinski trataron de recuperar la “visión del otro” desplazando el punto de vista eurocéntrico al locus de enunciación indígena. Sin embargo, la dificultad para encontrar e interpretar fuentes que nos hablen de la percepción del no europeo hace que existan menos trabajos sobre este asunto. Se trata de un reto complejo, porque para poder comprender las respuestas dadas por una sociedad a la diferencia es necesario conocer muy bien la cultura en que se producen. En este sentido, resulta meritorio el esfuerzo realizado por Óscar Muñoz Morán en el libro, ya que su investigación antropológica sobre la localidad de Coipasi, en Bolivia, le permite interpretar las percepciones andinas de cuerpo y alma a través de las cabezas trofeo. Nos ha parecido, además, que es un buen punto de partida para situar el diálogo que proponemos en este volumen y que nace de la necesidad de los europeos de “entender a esos otros que tenían enfrente”, como señala Muñoz Morán.

Las sociedades humanas siempre han vivido fascinadas por “los otros”, tanto aquellos que podían situar en el pasado como los que se encontraban en el presente de los que los imaginaban. De esta forma, son especialmente interesantes los trabajos de Arsenio Dacosta sobre la traducción cultural y similitud estructural entre la nobleza tlaxcalteca y la hidalguía vizcaína y de Izaskun Álvarez Cuartero sobre los ilustrados mexicanos y guatemaltecos y su interés por conocer a aquellos constructores de pirámides de los que tan poco sabían después de casi tres siglos de colonia; en estos dos casos no hay un rechazo de la diferencia, como suele ser habitual, sino un intento consciente de aproximación o de equiparación a partir de intereses de grupos concretos. Además, se demuestra cómo América participó de los códigos

1. Bartra, 1992: 13.

culturales europeos para reclamar su reconocimiento por parte del viejo continente.

Uno de los aspectos que caracteriza a los trabajos sobre la percepción de la alteridad, que condujo inevitablemente a la transformación de la identidad del que asimilaba la diferencia, es su interdisciplinaridad. El libro que presentamos se propone aprovechar esta fortaleza metodológica con trabajos escritos por especialistas de distintas áreas de conocimiento. De esta forma, junto a la historia y la antropología, los procesos de diferenciación o de aproximación a la novedad que venimos señalando también se pueden interpretar a través de la historia del arte. Víctor Mínguez, Alberto Baena Zapatero o Scarlett O'Phelan Godoy abordan temas como los prejuicios criollos sobre el otro o la difícil integración de indígenas o mestizos en la sociedad colonial por medio del análisis del arte efímero en la fiesta americana, de los biombos novohispanos y de los cuadros de castas. Temas que se corresponden a su vez con los tratados en el pormenorizado análisis histórico de Emilio José Luque sobre las ordenanzas municipales de las principales ciudades americanas en la segunda mitad del siglo XVIII. En este caso, “los otros”, indios y mestizos, son objeto de medidas represoras y de control para alcanzar el ideal urbano ilustrado, dejando entrever los miedos de sus élites locales.

Al tiempo que nos acercamos al conocimiento de las culturas de los emisores de las fuentes, es preciso evitar macromodelos que expliquen de manera predeterminada las reacciones de todos los sujetos. Como señaló John H. Elliott, las respuestas estarían condicionadas por la cultura del país de origen, su religión o su oficio, pero, además, por las diferentes circunstancias geográficas, climáticas, políticas y humanas que encontraron². Precisamente por este motivo nos parece interesante la aportación de José Manuel Santos para huir de generalizaciones. Su trabajo sobre el *Diálogo das grandezas do Brasil*, del portugués Ambrosio Fernandes Brandão, ofrece un precioso testimonio de la visión particular de su autor, quien posiblemente fuera un judío converso con motivaciones diferentes a las de la mayoría de los colonos europeos. De esta forma, como observamos en varios artículos, criollos y peninsulares conformaran dos grupos diferentes en la cúspide de la pirámide social que rompen con la imagen simplista de una mera división racial.

2. Elliott, 2006: 9-17.

El esfuerzo interdisciplinar que persigue esta propuesta nos ha llevado a extender los límites geográficos y cronológicos de los estudios previos, centrados en la América colonial, para cerrar el volumen con sendos trabajos dedicados a los habitantes de Filipinas y Marruecos en el siglo XIX. Las contribuciones de Ana Ruiz y Camilo Herrero nos permiten entender de qué manera se fueron renovando o reforzando en España conceptos como la superioridad propia frente al salvaje extranjero, en un momento en el que se conforma un nuevo imperialismo basado en el nacionalismo decimonónico. Curiosamente, no parecen asomar muchas diferencias entre la forma de representar al “bárbaro” del siglo XVI con el de esa nueva época que se abría entonces.

En resumen, las siguientes páginas presentan una propuesta amplia e integradora que pretende interrogar al pasado sobre un tema definitorio del ser humano y que, por tanto, nunca deja de ser actual. Quizás, si comprendemos los fenómenos de identidad y alteridad como construcciones culturales, podamos favorecer la formación de sociedades más respetuosas y pacíficas.

BIBLIOGRAFÍA

- BARTRA, Roger: *El salvaje en el espejo*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México/Ediciones Era, 1992.
- ELLIOTT, John H.: *Imperios del Mundo Atlántico: España y Gran Bretaña en América (1492-1830)*. Madrid: Taurus, 2006.